

ENSEÑAR LA IDENTIDAD TERRENAL



Dr. Cesar Montoya

Universidad Dr. Rafael Bellosó Chacín. Maracaibo Venezuela.
América del Sur. Correo: cesar.montoya@urbe.edu

¿Saberes necesarios? ¿Cuáles?

Inicio esta disertación empleando la vieja conseja filosófica de Sócrates de aplicarle a todo el ¿Por qué? Eso es lo que vamos a hacer con el buen esfuerzo de Morin, aclarando que por el hecho de ser bueno, no significa que no sea mejorable, mejoramiento aplicable a cualquier hecho cultural (entendido como todo lo que hace el hombre), el cual en términos de la generación de nuevo conocimiento, solamente es posible si y solo si cuestionamos y criticamos todo. En consecuencia, para intentar analizar críticamente algunos elementos del Capítulo IV de los “Siete saberes necesarios para la educación del futuro” de Moran, titulado “Enseñar la Identidad Terrenal” parto en primer lugar de la irreverencia como método, consistente en no aceptar de buena mano, nada de lo que nos proponen y... proponemos.

En este sentido, me pregunto ¿Por qué siete saberes y no ocho, nueve... quince, dos? Me formulo esta pregunta porque especificar de entrada la “cantidad” de conocimientos que debe recibir una persona o sociedad a modo de receta que predefine los ingredientes de un buen guiso llama la atención, porque pudiera ser la preparación del terreno para caer en la tentación totalitaria de imponer unos contenidos educativos sobre otros, unas teorías sobre otras. Cuantificando los saberes necesarios, pudiera dar pie a considerar como mejores unos conocimientos en relación a otros.



Si esto es así, nuevamente pregunto ¿Qué es lo que hace que unos saberes sean más importantes que otros? ¿Quién los define? ¿Por qué los define? Cuando se cae en esa tentación, es el arbitrio de los “expertos” generalmente con el poder de turno quienes dictaminan inquisitoriamente que es lo que debe aprender una persona o no. Ponerle límites al conocimiento o a la posibilidad de adquirir cierto tipo de conocimiento, es una práctica que finalmente lo que hace es coartar el avance de lo que se quiere exaltar o más bien limitar el conocimiento mismo. Ningún interés llámese económico, político religioso o de cualquier clase, puede oponerse a que los vientos de la crítica sacudan cualquier tipo de postulado.

Más, a sabiendas que muchos conocimientos válidos para un momento de la historia son refutados por otro momento. Es por ello que los primeros opositores a las dictaduras que procuran imponer pensamientos necesarios o únicos son los pensadores, porque al existir pensamientos indispensables sobre otros, ya no es necesario pensar nada y por tanto la actividad de encontrar nuevos horizontes reflexivos no tiene sentido. Los pensadores no harán falta. En la lógica de la oscuridad, a los pensadores hay que callarlos, eliminarlos o expulsarlos. Estos elementos, también conducen a alertar a quien intenta pensar.

Éste, puede correr el riesgo de convertirse en su propio verdugo, cuando no posee la humildad entendida como criterio de validez de lo que produce, quien ama el conocimiento debe crear, siempre esperando con capacidad acogedora lo que otros tengan que opinar, preferiblemente sobre lo más sustancioso de nuestra creación. Puesto que lo importante es el conocimiento nuevo y siempre está por venir, aun cuando aristotélicamente hablando es un acto, pero por el hecho de ser un acto al darse ya es pasado. De allí la necesidad permanente de renovación de lo pensado y obviamente la resistencia a ser cuantificado. Los números siempre suponen un límite.

Un segundo aspecto que me llama la atención de lo mencionado en este capítulo de Morin, es el peligro de la despersonalización en función de una colectivización ahora



planetaria, cuidado con los eufemismos. Si bien es cierto que la globalización, las TIC's han acercado a las cultura, no creo que tal acercamiento signifique la dispersión de la persona en el todo. Esta ha sido la aspiración del nacional socialismo (fascismo), del socialismo comunista, del neoliberalismo (brazos de un mismo cuerpo dictatorial), fundir al individuo en lo colectivo bien sea el Estado o el Mercado.

Este mismo riesgo se puede correr si no se aclara bien lo de la vocación planetaria. Y obviamente para aclarar están las definiciones y una por precisar en esta época de la dispersión y relativismo, es la del individuo humano. Emmanuel Munier, a mi juicio aporta una buena definición sobre el asunto al señalar: "El individuo humano no es el cruzamiento de varias participaciones en realidades generales (materia, ideas) sino un todo indisociable cuya unidad supera a la multiplicidad porque ella se arraiga en lo absoluto". No se trata pues de rendirse a la multiplicidad, multidimensional o planetariedad leyéndolas como sinónimos. Se trata que la identidad del individuo no se pierda, y al ser reconocida cada individualidad, las diversidades en efecto serán también reconocidas. Munier aporta una dimensión más amplia aun que la planetaria, "el arraigo con lo absoluto" es decir Dios, el cual es el concepto más general y simple que pueda plantearse. De este modo el ser humano siempre es una individualidad, con un destino trascendente que se inserta en una diversidad que cada vez es más cercana. El individuo subsume lo planetario y todo se enrumba a lo eterno.

Continuando con la lectura del capítulo en cuestión, seguimos intuyendo en el escrito, algunos elementos que nos hacen prender las luces del peligro de apertura a posibles totalitarismos asfixiantes de la persona. Creemos ver una primera contradicción en el autor, contradicción con su propia intencionalidad asumiendo y no hay porque no hacerlo la buena fe del escritor. En este punto seguimos preguntando. Si el autor plantea la necesidad de reconocer la multiplicidad planetaria, ¿porque le preocupa que el sistema global este desprovisto de un centro organizador?, cuando no hay nada mas destructor de la multiplicidad que los



“centros” y centralismos. A menos que los mismos sean entendidos como convergencia de las diversidades para ponerse de acuerdo en lo común. Si se entiende como el Estado rector, el pensamiento único, la economía final, el final de la historia, el líder necesario, su aceptación es el decreto de muerte a la pluralidad.

Así que el centralismo y en especial de las ideas o culturas es sumamente retardatario y porque no decirlo reaccionario. ¿Porque no puede por ejemplo, desarrollarse un sistema educativo que conteniendo los valores culturales propios, sin complejos, incorpore lo que nos permite ser más generales?. Por ejemplo la educación de los Zulianos, sin centralismos, debe plantearse por los zulianos, en términos de la venezolanidad, los venezolanos de la latinoamericanidad y en términos de lo que nos une con otras latitudes. De este modo se evitarían las pérdidas de las particularidades sin sacrificar la generalidad cultural.

En el texto también parece leerse entre líneas, la sinonimia entre identidad cultural y balcanización. Cosa obviamente, con la cual no estamos de acuerdo. Si alertamos contra la disolución de la persona en lo colectivo, igualmente lo hacemos contra la disolución de las culturas en un colectivismo mundial. Pensamos que las especificidades no pueden verse como una contradicción de las generalidades, en una suerte de guerra dialéctica por alcanzar la síntesis de estos opuestos. Al respecto creemos ver en el autor, la presencia del análisis de las confrontaciones dialécticas como método, probablemente como herencia de su antigua formación marxista. Estimo por el contrario, en la necesidad de concebir la especificidad, la individualidad, la persona como gestores de la generalidad, planetariedad.

En este sentido, el problema hay que plantearlo no en términos de dialéctica sino de integralidad. Obviamente esa integralidad solamente se logra con mayor democracia, cuyo sinónimo es la tolerancia o lo que es lo mismo hay que pasar por el reconocimiento de la diferencia del otro pero no solamente en términos discursivos sino efectivos, y esto incluye modelos educativos que la promuevan, al operacionalizar la posibilidad de buscar la unión de las individualidades en la



diversidad. En otras palabras, la educación es la primera llamada, para plantearlo en términos de Schwartz, a promover la Universalidad la cual se traduce en entendimiento, apreciación, tolerancia, y protección para el bienestar de todas las personas y la naturaleza. Obviamente, esto apunta a educar para construir la cultura de los consensos necesarios y de solución pacífica de conflictos e implica la renuncia a todo mesianismos bien sean políticos, ideológicos o intelectuales.

Otro aspecto que llama la atención es la tipificación del origen del universo como producto de una catástrofe inefable. Al respecto, pienso que en el orden psicológico la identidad con el origen, es un criterio de sanidad en función del futuro. Posiciones fatalistas sobre inicio probablemente generen posiciones del mismo tipo sobre el devenir. En todos los aspectos de la vida humana la valoración de los aconteceres en positivo constituye un aliciente para la construcción. Nuevamente insistimos en la inconveniencia de ver contradicciones y caos como ley rectora del universo, de las sociedades de la persona. Nos hacemos eco de la vieja propuesta cristiana de la vocación universal hacia el bien. Diría Teilhard de Chardin “El mundo solo tiene interés hacia delante”.

Desde esta perspectiva, el origen universal, tiene como punto de partida el Big Bang donde la materia se sumerge en el plan amoroso de Dios, para desarrollar una carrera evolutiva que alcanzará la trascendencia. La tarea de la humanidad es ir “descomprimiendo” la información que nos ira conduciendo hasta allá. De seguro, percibir el origen como un acto catastrófico, y concebirlo como un acto de amor, marca la diferencia entre la búsqueda de horizontes fortuitos, azarosos y la segura vocación humana de mejores posibilidades. De una posición impregnada de angustia pasamos a la esperanza cierta del triunfo del bien. Diría San Pablo “Vemos como todavía el universo gime y sufre dolores de parto. Y no sólo el Universo, sino nosotros mismos, aunque se nos dio el Espíritu como un anticipo de lo que tendremos, gemimos interiormente, esperando el día en que Dios nos adopte y libere nuestro cuerpo. Hemos sido salvados por la esperanza” (Rom. 8, 22-27)



En esto de alcanzar un futuro mejor, concordamos con el autor en cuanto a que éste, no puede ser concebido “únicamente de una manera tecno económica”, es necesaria señala “una noción más rica, no solo material sino también intelectual, afectiva, moral ... “ espero que lo que sigue a los puntos suspensivos tenga que ver con las fuerzas espirituales que reconocen la trascendencia y la posibilidad del ser humano de alcanzarla, donde finalmente se pueden encontrar las respuestas a las preguntas fundamentales. ¿Quiénes somos? ¿Dónde vamos? Qué cosa es la educación sino compartir las respuestas. Respuestas a todo, principalmente a lo que da sentido a la existencia. Solo de esta forma podremos salvar la barrera limitante de la educación tecno-económica.

En este punto creo encontrar la razón por la cual el autor tiene la tendencia a quedarse en la descripción. Lo cual lo hace muy bien al enumerar los nuevos peligros de la humanidad: SIDA, autodestrucción, drogas, la herencia de la muerte o cultura de la muerte para expresarlo a la manera Juan Pablo II. Pero, precisamente por no abordar la posibilidad de las respuestas últimas que desde nuestro punto de vista, tocan el campo espiritual de la forma como la hemos definido, el autor no puede tocar el por qué de estos peligros. Hay que abordar preguntas como ¿Por qué la humanidad a pesar de los grandes avances tecnológicos, es más débil que nunca, poniendo en riesgo su existencia como especie? Los “metodólogos” saben del poder explicativo de las descripciones. En este sentido, lo que planteo pues es que la educación como promotora del desarrollo integral ha de plantearse dar respuestas que estén más allá de lo científico y lo técnico, ha de abordar también lo moral y mas allá de esta la fe.

En el análisis del papel de la ciencia y la técnica en el futuro de la humanidad, nuevamente me parece ver una contradicción, primero plantea que hay que superar la visión técnica para el desarrollo humano para seguidamente colocar a ciencia y la tecnología como condiciones fundamentales para una evolución positiva. En que quedamos ¿hay que superarlo o es fundamental? Creo que las dos no son excluyentes, es decir la ciencia y la tecnología son fundamentales pero no únicas,



la filosofía y la religión también tienen un papel importante en la construcción de saberes ampliados y más universales. Por aquello de la búsqueda de las respuestas a las preguntas fundamentales orientadoras del futuro a construir.

En esto de la discusión de la ciencia el autor también aborda lo metodológico, y dentro de su esquema de ver el juego de las contradicciones, plasma en su escrito la contraposición de lo cualitativo vs lo cuantitativo situación ya superada por las síntesis epistemológicas que al respecto se ha alcanzado en la actualidad.

Morin reconoce asertivamente y muy cercano a la postura cristiana que para construir el mundo del futuro hay que “contar con las con las fuentes inacabables del amor humano”, indicando también, la existencia de amor a los mitos engañosos, ilusiones y falsas divinidades, petrificado en falsas divinidades. Al respecto es importante señalar que no todo lo que se llama amor lo es, mucho de lo que señala Morin son apegos, fanatismos y juegos de intereses. Obviamente no ha podido ser el amor lo que engendro el Stalinismo, Fascismo y Nacismo, las dictaduras de derecha e izquierda (para utilizar términos aun utilizados aunque desactualizados), la guerras de cualquier signo, inquisiciones e intifadas.

Amor es el lo que hizo que figuras como Teresa de Calcuta, Martin Luther King, Mahatma Gandhi actuaran y alcanzaran los logros que obtuvieron. Una buena definición operacional de amor la podemos encontrar en San Pablo “Si yo hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo amor, vengo a ser como bronce que resuena o un címbalo que retiñe. Si tengo profecía y entiendo todos los misterios y todo conocimiento; y si tengo toda la fe, de tal manera que traslade los montes, pero no tengo amor, nada soy. Si reparto todos mis bienes, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve. El amor tiene paciencia y es bondadoso. El amor no es celoso. El amor no es ostentoso, ni se hace arrogante. No es indecoroso, ni busca lo suyo propio. No se irrita, ni lleva cuentas del mal.⁶ No se goza de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.” (1 Cor 13. 1-7)



En resumen entrevemos cierto fatalismo, producto de una cosmovisión producto de un análisis con base a contradicciones. Sin pecar de excesivo optimismo, insistimos en un mundo orientado, con vocación hacia el bien, construible desde una esperanza activa moldeada por el amor. Capaz de resolver las contradicciones entre ciencia y fe, tolerancia y democracia, lo particular y general. No es la lucha de los opuestos, ni lucha de clases el futuro de la humanidad es el encuentro de los diferentes, unidos para construir la paz. Allí está el reto de la educación: insertar en sus contenidos el amor por un mundo mejor posible, para citar el eslogan de los foros sociales mundiales.